



AMÍLCAR

ELKIN RESTREPO

Antes de morir, a los 47 años de edad, mientras tomaba un baño en el lago de la finca La Oculta en Támesis, Amílcar Osorio alcanzó a publicar *Vana Stanza*, su único libro de poemas. Era un volumen pequeño, de color rojo, con un nombre hermoso, que no circuló más allá del grupo de amigos que lo patrocinó, después de convencer a su autor de lo necesario que era publicarlo. En fólderes dispersos aquí y allá, quedaban también una serie de cuentos suyos, no muchos, escritos a máquina, algunos todavía en proceso de corrección, que luego fueron publicados bajo distintos títulos en la colección Celeste de la Editorial Universidad de Antioquia. Allí mismo, en 2001, en la Colección de Poesía, se reeditó su libro de poemas. De este modo, gracias al interés de unos pocos, se lograba reunir el trabajo de un autor sobre el cual, pese a su indiscutible importancia, cayó y cae todavía toda clase de olvido.

Con Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar, Alberto y Eduardo Escobar, Humberto Navarro y Darío Lemos, cinco cocacolos desasosegados de la época, Amílcar fundó el Nadaísmo, un movimiento que hizo saltar de la silla a la cultura señorial del país. Según se dice, el antiguo seminarista hablaba varios idiomas y escribía poemas rebeldes y sarcásticos, que el mismo Fernando González, adelantándose a todos, no demoró

en acoger y celebrar. Con su cabello a los hombros, sus enormes bigotes de charro, sus sacos a gruesas rayas negras y corbatas chillonas, inauguró en Colombia un dandismo que no tuvo consecuencia alguna.

Homosexual, cuando el medio no se prestaba a ambigüedades de ninguna clase, escribía cuentos inmorales bajo el seudónimo de Margarita Santa María, estudiante del Marymount, en la revista *Cromos*. Por aquel entonces, un aforismo suyo hizo carrera: “las mujeres dan cáncer”. Era culto, ingenioso y refinado. Altivo, agregarían otros. Por aquel entonces, se hacía llamar Amílkar U, nombre de batalla con el que se enfrentó al tedio quisquilloso de una literatura pendejona que no daba siquiera para un cóctel. En el Medellín de los sesenta conoció al poeta norteamericano David Howie, cuyos poemas tradujo al español, y con quien viajó a San Francisco en la época dorada del hippismo y los beatniks, con los cuales fraternizó hasta el punto de sentirse como pez en el agua. En San Francisco y Nueva York vivió por más de diez años, hasta que una amenaza de expulsión por parte del gobierno estadounidense, al que le disgustaba su participación activa en los movimientos de contracultura, lo hizo regresar precipitadamente al país. Pero fue allí, en medio de esos días azarosos, donde escribió algunos de los cuentos más hermosos, experimentales y poco leídos de nuestras letras nacionales. Fue también, dado el quehacer nervioso de la época, fotógrafo y creador de objetos de arte vanguardista que, alguna vez, a su regreso, mostró en una exposición en la galería de Suramericana. Para entonces, había dejado

de llamarse Amílkar U, retomando el de Amílcar Osorio, su nombre verdadero. Ya no le paraba bolas a nada, menos a su papel de escritor: se había vuelto un escéptico consumado. En las tardes, uno se lo podía encontrar, el gesto altivo, en el Junín de sus amores.

Vuelto de su temporada en Estados Unidos, reanudamos una cierta cercanía literaria que teníamos desde 1963 —cuando el poeta y empresario Edgar Piedrahita nos presentó—, y que dio sus frutos cuando publicó en la revista *Daedalus*, de los estudiantes de derecho de la Universidad de Antioquia, el cuento “Nuestra señora de la tristeza”, y, más tarde, en los setenta, en la revista *Acuarimántima*, además de una selección de sus poemas de *Vana Stanza*, traducciones de Ezra Pound y Wallace Stevens. En 1986, un año después de su muerte, se lograron reunir, con la colaboración de su hermano, los cuentos que aparecieron bajo el título, tomado de uno de ellos, de *El yacente de Mantegna*. Más tarde, en 2001, vino la reedición de su libro de poemas y, aprovechando un archivo que entregó Jaime Espinel a la editorial de la universidad, la publicación de *Gato o soledad en la lluvia*, que reunía todos sus cuentos.

Amílcar murió, y por las señales que se advierten aquí y allá, es probable que le haya llegado el momento de su resurrección. ■

Elkin Restrepo (Colombia)

Poeta y narrador. Dirige la *Revista Universidad de Antioquia*. Sus últimas publicaciones: *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (poesía, 2012), *A un día del amor* (relatos breves, 2012), *Una verdad me sea dada en lo que escribo* (antología, 2014), *El torso de Venus* (poesía, 2015) y *Cuentos* (2016).

